

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

CHEQUE AL PORTAMOR

6

Cheque AL PORTAMOR

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

Título: Cheque al portamor.
© 2024, Rocío Mañana Bouzón.
De la cubierta y maquetación: 2023, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*¡Yo quiero ser guerrero,
como lo sois vosotros,
dejándome los huevos
en cada canción
cantando como locos!*

(Melendi)

Cenizas en la eternidad

Este proyecto lleva mucho tiempo en mi cabeza, más del que estoy dispuesta a admitir. No sé cuándo explotó la idea en mi mente, si fue un día en mi casa, en el coche o en un concierto, pero sentía que tenía que hacerlo, hacer algo que fuese mío, de Él y de todos los guerreros. Pero ¿cómo plasmarlo? No podía hacer simplemente un libro con la historia de sus canciones, un *fan fiction* o un libro dedicado a él sin más. Tenía que buscar la manera de que todo encajase, pero a la vez fuese independiente, que fuese para los de siempre, pero también para los que llegaron en la nueva época. Y una noche, ¡Pum! La idea surgió en mi cabeza. ¿Por qué no hacer historias mensuales, hiladas, pero que se puedan leer independientes? Nada más tuve la idea, le escribí a Roma, ella siempre sabe dar en la tecla para que todo fluya. Le conté mi idea, le pareció interesante y al momento se puso a hacerme trece portadas (las de las historias independientes y la del libro). Así nació lo conocido como #Proyecto12Meses (sin doce causas) y este libro que viene *Sin noticias de Holanda*, pero con mucha historia y cuidado, ¡que nos crecen los enanos!

Espero que disfrutéis de estas historias que no tiene más pretensión que la de entretener.

CHEQUE AL PORTAMOR

*El demonio sabe mucho más por viejo
que por ser el rey de todos nuestros males*

Si os habéis preguntado alguna vez como hace una estudiante de psicología, tímida y lesbiana para ligar, la respuesta es fácil: las *apps* de citas. Bueno, o esa es mi realidad, al menos.

Llevo dos semanas hablando con una chica maravillosa que me tiene totalmente enamorada. Cuando vi su perfil sentí un flechazo, y no por su belleza, porque la verdad es que no tiene ninguna foto en la que se le vea el rostro, pero su descripción era tan... poética. Conforme la iba leyendo sentía totalmente que estaba hablando de mí, éramos tal para cual, y cuando empezamos a hablar, surgió el amor.

Hoy hemos quedado en una cafetería de las afueras, la verdad es que me queda un poco lejos y más teniendo en cuenta que ella, al igual que yo, vive en el centro de la ciudad, pero no pasa nada, seguro que el lugar es impresionante, o eso es lo que me ha parecido en las imágenes de internet.

Llego media hora antes de la hora y me siento en una de las mesas de la terraza, aprovechando el calor primaveral casi veraniego de este junio. Llevo puesta una camiseta de color naranja, quería algo que me hiciese destacar e hiciese más fácil para Cris el identificarme. Ella me ha dicho que traerá un libro en la mano, uno de poesía que dice que me encantará y quiere prestarme. Estoy tan ilusionada, me parece tan especial cuando alguien te presta un libro pensando que podría gustarte, y más cuando es poesía.

Se acerca la camarera a mí, tiene una incipiente barriga, creo que está embarazada, pero nunca me ha gustado dar algo así por supuesto. Me pido un capuchino, pues he visto en las reseñas de este local que lo recomiendan un montón, eso y los té fríos, y aunque hace muy buen tiempo, sigo prefiriendo tomarme algo calentito.

Veo a una chica con un libro mirando a su alrededor como buscando algo, estoy segura de que es ella. Es preciosa, creo que su interior combina perfectamente con ese rostro con rasgos marcados, una melena larga color azabache y unos ojos de un verde intenso. De repente, repara en mí y viene directa.

—¿Becka?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Cris, qué gusto vernos por fin —dice acercándose y dándome dos besos en las mejillas.

Cuando está sentada, se acerca la camarera para preguntar qué quiere, después de pedir un capuchino como el mío, esta se marcha.

—Parece que ya le queda poquito. Creo que el momento en el que estamos más guapas es durante el embarazo.

—Sí, la verdad es que no estaba al cien por cien segura de que estuviese embarazada y no quise decir nada.

—Sí, hace un añito que se casó y ya está esperando al primero, creo que me dijo que era un chico. ¿A ti te gustan los niños?

—Sí, bueno, lo justo, para un rato, aunque me gustaría ser madre.

—A mí también me gustaría.

¿De verdad estamos hablando de algo así en la primera cita? Pues sí que va bien la cosa.

Seguimos conversando y es un gusto encontrar a alguien tan afín a ti. ¿Es que acaso se ha estudiado mi vida antes de venir?



La dinámica sigue siendo la misma o mejor, puesto que no dejamos de hablar, pero también nos vemos y, lo mejor de todo, nos hemos besado; si el cielo existe, debe sentirse como besar esos labios. Es tan perfecta, siempre busca planes originales para hacer juntas, como cuando fuimos al escape room, me lo pasé tan bien, aunque no se nos dio muy bien eso de salir a tiempo con tanto beso. Y además hay una química explosiva entre nosotras. Aún no hemos hecho nada más allá de los besos, pero la electricidad que recorre mi cuerpo en cada uno de ellos, vaticina un encuentro sexual de lo más estimulante.

Hoy hemos quedado en mi piso y tengo todo preparado, sé que va a ser el día y he querido decorarlo. La vista desde la puerta de la entrada, muestra una mesa pequeña con un mantel blanco; una cubitera con una botella de mi vino rosado favorito; un ramo de rosas rojas en el centro de la mesa, pero sin jarrón, pues quiero dárselo a ella; y unos bombones con forma de corazón, que son muy bonitos, pero ni idea de si saben bien. Para terminar, y si llegamos a la habitación, se va a encontrar más velas que en un concierto de Candle lights. He pedido a Alexa que ponga algo de música de ambiente muy bajita y la cama está llena de pétalos artificiales, me parecía muy cruel destrozar así unas rosas.

Cuando llega, me da un beso y le ayudo a quitarse el abrigo. Sonríe al ver lo que tengo montado y comenta lo bonito y nuevo que está el piso.

—Es de mis padres —se me escapa decir—. Ellos viven en una casa en la Zapateira y, como este piso estaba vacío, lo reformaron y me vine yo a vivir aquí. Es muy cómodo estar en esta zona, sobre todo para salir, porque si tienes coche es un horror.

—Es una pasada. Yo también vivo en un piso que era de mis padres.

—Qué casualidad.

Vamos hacia la mesa y le entrego el ramo.

—Es precioso —comenta, y me voy directa a la cocina después de pedirle que me espere sentada.

He pedido comida a un restaurante que está cerca y me encanta. Arroz negro con marisco, que está para chuparse los dedos, y he aprovechado y también he cogido allí el postre, la mejor tarta de queso de toda la ciudad, pues, por lo que hemos hablado, también es su tarta favorita.

Después de la cena, vamos hacia el sofá y ponemos una peli romántica de fondo, mientras nos entretenemos hablando y dándonos mimos. Llega un punto donde la lujuria nos invita a llegar a más y vamos al cuarto, donde con toda la dulzura y tiempo del mundo, hacemos el amor y siento que nada puede ser más perfecto que este momento, en el que estamos las dos acurrucadas bajo las sábanas blancas.

—¿Ya sabías que íbamos a acabar así? —pregunta, y acto seguido siento como me suben los colores.

—No, pero quería estar preparada por si acaso.

—Está todo precioso.

—¿Te quedas a dormir?

—No puedo.

—¿Por qué?

Se queda callada por un momento y la veo concentrada buscando una ¿excusa? No puede ser, son paranoias mías. Todo está bien, «demasiado bien», dice una voz intrusa dentro de mi cabeza.

Cris se marcha, después de una media hora, y se va tan apurada que se olvida el ramo. Me pongo algo rápido y bajo las escaleras para ver si tengo suerte y aún está cerca, pero no, por lo que decido que lo mejor será que las ponga en agua.



Han pasado las semanas y el plan que más estamos haciendo actualmente es el de ver series en casa. Me parece algo súper especial empezar una serie juntas y verla acurrucadas en el sofá, pero me apetece muchísimo hacer algo más, presentarle a mis amigos, bueno, a Amaia, porque Maca está en París. Sería un plan súper bonito llevarla de fin de semana a la ciudad del amor aprovechando que llevamos tres meses juntas, y así hacemos algo diferente. Decidido, voy a buscar los vuelos y hablar con mi amiga para que me ayude a organizar un poco el finde.



Lo tengo todo preparado, hoy le doy la sorpresa. He preparado un plan sencillo, pero que no deja de ser romántico. Vamos a hacer un picnic en el parque de Santa Margarita, después vamos a ir al planetario a ver las estrellas y será en ese momento cuando le dé un sobre donde están impresos los billetes. Seguro que le encanta.

El picnic lo hacemos en una zona un poco apartada del parque, para que no nos molesten y evitar a los curiosos, aun así, me encuentro a Cris atenta a cada ruido, como si temiese algo, aunque no sé el qué. Entonces, viene un perro curioso junto a nosotras y Cris pega un grito, mientras yo lo acaricio y me pide que lo aparte de allí. Bueno, parece que le dan miedo los perros y seguro que era eso lo que la tenía de los nervios, debería haberlo sabido antes, pero no pasa nada, seguro que si algún día adoptamos un perro nosotras será diferente, porque me apetece

mucho darle una familia a esos peludos que lo necesitan.

Después vamos al planetario, como tenía planeado, y parece que aquí se tranquiliza un poco, siento como su cuerpo se destensa y es la Cris de siempre. Las luces de las estrellas iluminan su rostro, está preciosa. Lleva el pelo en un semi recogido hacia un lado y un maquillaje muy sutil en el que apenas destaca nada, unos labios en un rosa mordido, que me dan ganas de morderlos y que sea yo quien provoque ese tono.

—Tengo otra sorpresa —digo, soltándole la mano y dejando el sobre en ella.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Lo hace y se queda pálida. Parece que no le ha hecho ilusión.

—No puedo aceptarlo.

—Ya no se puede cancelar. Es un fin de semana, haremos algo diferente a ver una serie en mi casa.

—Pero no puedo, de verdad.

—Cris, ¿pasa algo?

—Te lo cuento cuando salgamos.

Durante el resto de la sesión estamos como ausentes ambas, aunque seguimos cogidas de la mano. Cuando termina, salimos en silencio y estamos así hasta que llegamos a mi casa.

—¿Me puedes explicar qué sucede? Nunca te quedas a dormir, no quieres irte de fin de semana conmigo, ¿qué ocultas, Cristina?

—Nada, solo que, no quería que sintieses lástima por mí. —La miro extrañada y continúa—: El motivo por el que no me quedo a dormir es el mismo por el que no puedo ir a ese viaje: cuido de mi madre que está enferma. Todas las noches las paso con ella, puesto que por el día hay dos chicas que la cuidan.

Me quedo en *shock* y me siento una puta mierda, ¿cómo he podido dudar de ella? ¿Cómo he podido dudar de la mujer más maravillosa que he conocido? Le pido perdón, besándola con dulzura, y terminamos haciendo el amor en el mismo sofá donde se abrió a mí.



Seis meses hace que nos conocemos y me empieza a andar la mosca detrás de la oreja. ¿Cómo puede ser que aún no haya conocido a Amaia? ¿Cómo puede ser que nunca quedemos con sus amigos? ¿Se avergüenza de mí? ¿Me lo tomo yo más en serio que ella?

—Dile que tienes una cena en nuestra casa y que la he invitado —me sugiere Amaia.

—Vale, haré eso, pero ¿y si me dice que no? ¿Qué hago?

—Pues, cariño, deberías empezar a plantearte que no es trigo limpio.

Hago lo que me indica mi amiga y, para sorpresa de todos, acepta encantada. Lo cual me alivia, porque la verdad es que me tiene enamorada hasta las trancas.



La cena en casa de Amaia y Carlos va genial, incluso después de una cena súper amena en la que no paramos de hablar, nos ponemos a jugar a juegos de preguntas, de esos que te preguntan de todo, y cuando le toca a Amaia hacerle una pregunta a Cris, me quedo petrificada con lo que dice:

—¿Cuánto tiempo crees que es necesario que pase para conocer a la familia de tu pareja?

Cris se queda callada y me mira como diciendo: «¿por qué me está preguntando esto? ¿De verdad es lo que pone en la carta?».

—¿Puedo ver la pregunta?

—¿No te fías de mí? Pues mal vamos, cariño, porque yo tampoco me fío de ti y no estoy dispuesta a que le hagas daño a mi Becka.

—¿Tu Becka? Y tú qué, ¿cuándo conociste a la familia de Carlos?

El susodicho se pone serio con la pregunta y pone la mano sobre el muslo de su novia, como intentando calmarla.

—Mira, ojalá hubiese podido conocerla, pero Carlos es huérfano.

Entonces puedo ver cómo le cambia el gesto totalmente y me pide si nos podemos ir. Me encuentro entre la espalda y la pared, ¿me voy con ella o me quedo allí con mi amiga?

—Becka, ¿nos vamos? Es tarde.

—Yo... es que prefería quedarme un rato más.

—Pero ya sabes que yo no puedo.

Entonces, le hago caso a mi pareja y, tras despedirme de mis amigos con un abrazo y un beso, me voy.

—Me lo podrías haber dicho, he quedado fatal —comenta Cris.

—¿Por qué no has querido responder?

—Porque no me gusta que me juzguen y hagan trampas.

—Amaia no suele comportarse así.

—¿No suele meterse en la vida de los demás?

—No, solo se estaba preocupando por mí.

—¿Pero qué le has dicho para que se tenga que preocupar?

—Nada, yo...

—Lo mejor será que me vaya ya, buenas noches.

Y tras darme un beso en la mejilla, me deja allí sola, en la calle, haciéndome sentir culpable por todo lo ocurrido.



¿Soy mala persona? Porque me siento mala persona, siento que la estoy cagando mucho con Cris, que tengo unos celos e inseguridades que me hacen ser mala con ella. Ella no ha hecho nada, o al menos así lo siento, y son mis inseguridades las que buscan todos esos fallos y los hacen crecer de tal manera que siento que ese monstruo que habita en mí va a acabar por destruir la relación más bonita que he tenido.

Le he pedido que venga a mi casa para hablar de lo ocurrido y, sobre todo, porque necesito pedirle disculpas. En cuanto entra por la puerta, veo que está a la defensiva, por lo que busco relajar un poco el ambiente antes de hablar, pues es lo que nos han enseñado en la carrera; quizá el hecho de que esté terminando psicología también hace que vea problemas donde no los hay.

—¿Qué te parece si vemos un capítulo de una serie antes de hablar? Para relajarnos un poco.

—No necesito relajarme, pero si es lo que quieres —«¿Que no necesita qué? ¿Pero es que no se escucha?», pienso.

Nos sentamos cada una en una esquina del sofá y pongo la serie que tenemos empezada, es una comedia, así que estoy segura de que nos vendrá bien reírnos un poco.

Cuando termina el capítulo, la miro y pregunto:

—¿Quieres ver otro?

—No, quiero hablar.

—Vale. Antes de nada, quiero pedirte perdón por el comportamiento de mi amiga y por el mío. Soy consciente de que esta no es la manera de tener una relación sana.

—Está bien, te perdono —dice, y para no avivar de nuevo la llama, decido no comentarle que ella tampoco es que sea perfecta y que debería dar su brazo a torcer en algunos temas.

El agua está calmada y, por primera vez, se queda a dormir, diciéndome que tiene quien cuide a su madre por esa noche. Y sentirla entre mis brazos mientras duerme se vuelve mi sensación favorita.



Hoy vamos a pasar el día en la playa, por lo que después de recogerla con el coche de mis padres, recuerdo que me he dejado la manta de picnic en su casa, por lo que, sin decirle nada, cojo la carretera que va hacia mi antigua casa.

—¿A dónde vamos? —pregunta asustada.

—Me he olvidado una cosa en casa de mis padres, será un minuto.

No la veo muy contenta por los acontecimientos, pero no dice nada. Cuando llegamos, dejo el coche delante del portal y le pregunto si quiere bajar, ella hace un gesto negativo con la cabeza y entro por el pequeño portal que hay a la derecha. En cuanto mi madre me ve, pues está cortando unas ramas fuera, me pregunta:

—¿Y tú por aquí?

—Me he olvidado la manta de picnic.

—¿Y Cris?

—Se ha quedado en el coche.

—¿No la has invitado a pasar? —dice quitándose los guantes de jardinería.

—Sí, pero no quería que nos retrasemos mucho.

—Tonterías, ve a por la manta que voy yo a presentarme.

—Pero... —Veo que mi madre no va a dar su brazo a torcer, así que pienso en que no hay nada malo en que la vaya a saludar.

Cuando vuelvo con la manta, veo que mi madre está junto al coche y Cris con la ventanilla medio bajada.

—Má, nos tenemos que ir.

—Sí, claro. Un placer, Cristina.

Durante más de medio camino está callada, lo que es una putada porque tardamos en llegar a la playa que vamos una hora y media, por lo que decido preguntarle:

—¿Estás bien?

—Me has hecho una emboscada.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tu madre. Has olvidado la manta a propósito y le has dicho que salga.

—Yo no le he dicho nada.

—Claro, ¿y entonces cómo sabía que estaba en el coche?

—Porque me preguntó por ti, pero es una persona adulta, no le he dicho que saliese.

—Déjalo, disfrutemos del día.



Esa misma noche, cuando estoy sola en mi piso, pues aunque fue Cris la que propuso disfrutar del día se lo pasó distante y lo único que me hizo desear fue la vuelta a casa, recibo una llamada de mi madre que me deja impactada.

—Cariño, no quería decírtelo delante de ella, pero creo que conozco a Cristina de antes.

—¿Cómo?

—Sí, estoy casi segura de que es la mujer de uno de los socios de tu padre.

—¿Cómo va a ser la mujer? Mamá, es mi novia, la conocí en una *app* de citas, ¿qué iba a hacer allí una mujer casada?

—¿Buscar a su siguiente víctima?

—Mamá, no tiene sentido nada de lo que estás diciendo, ¿cómo voy a ser yo una víctima? ¿Cómo va a estar casada con un hombre si es lesbiana?

—¿Estás segura de eso?

—No creo que deba hablar esto contigo, pero te puedo asegurar que es lesbiana.

—Vale, hija, pero ándate con ojo que no me dio buena espina.

Solo me faltaba esto, de verdad, este día ha sido redondo. Solo me apetece acostarme y no pensar.

Después de dar unas cincuenta vueltas en la cama, miro la hora en el teléfono y decido que lo mejor será llamar a la única que puede ayudarme en estos momentos.

—¿Sí?

—¿Es que Carlos no te ha enseñado que no puedes responder sí cuando coges el teléfono?

—Eso es a los números desconocidos, Becka. ¿Pasa algo?

Le cuento las sospechas de mi madre y ella me pide unos cuantos datos sobre Cris, para que así pueda echarle un ojo Carlos, pero ciertamente lo único que sé de ella es su nombre y fecha de cumpleaños. ¿Cómo puede ser que no me sepa los apellidos de la mujer que amo?

—Así poco podemos hacer, pero tranquila que descubriré la verdad. ¿No tiene redes sociales?

—No, no le gustan. Gracias que tiene WhatsApp.

—¿Y qué foto tiene de perfil?

—Una de ella.

—Cambia la tuya y sugiérele que haga lo mismo con la suya, a ver cómo reacciona. Mientras, seguiré buscando información sobre ella.

—Vale, te quiero.

—Y yo a ti. Recuerda que no mereces menos amor del que yo te tengo, y yo te quiero muchísimo, pececito.

—Lo sé, tú tampoco lo olvides, pezu.

Mantengo un rato la sonrisa en mis labios mientras recuerdo el motivo de nuestros apodos. Maca tiene el mismo, y es que de adolescentes tuvimos una época —como casi cualquier niña de los noventa— que salíamos en todas las fotos poniendo morritos como si fuésemos un pez, sí, como años después indicó Melendi en una de sus canciones, la cual, obviamente es nuestra canción.



A la mañana siguiente, cambio la foto de perfil justo antes de darle los buenos días.

Cris:

¿Y esa foto?

Becka

No sé, me gusta y pensé que quedaba bien. ¿A ti no te gusta?

Cris:
Claro que sí.

Cris:
Estás muy rara.

Becka
¿Por qué no la pones tú también?



La verdad es que cada vez tengo menos ganas de ver a Cris. Cuando no es ella la que está rara, soy yo la que estoy distante. Quizá debería hablar con ella de una vez por todas y aclarar todas mis dudas, antes de que estas terminen del todo con nuestra relación. No debería desconfiar de ella, lo sé, y me da mucho miedo cómo se tome mis dudas, pero no puedo seguir así, me voy a volver loca.

Amaia no ha conseguido localizar ningún tipo de información sobre ella y eso que se ha aprovechado un poco del enamorado de su novio y la ha buscado, ¿pero sabéis cuántas Cristinas hay nacidas en el 1997 en A Coruña? Muchísimas.

Una llamada de mi madre me saca de esta maldita ensoñación en la que parece que vivo últimamente.

—Becka, tengo que pedirte un favor.

—Dime, mamá.

—Tienes que ir con tu padre a una cena que tiene esta noche con unos nuevos clientes.

—¿Yo?

—Sí. Yo ya tenía otro compromiso y no me di cuenta, y tu padre necesita que lo acompañe alguien para dar buena imagen ante ellos.

—Vale, iré, pero no tengo nada que ponerme.

—Por eso no te preocupes, pásate por casa que tenemos la misma talla.

Y así es, mi madre a sus cincuenta está espectacular y usa la misma talla que yo. Termino de hacer unas cosas que tenía pendientes del TFG para presentar a mi tutora la semana que viene, y poco después estoy en un taxi camino a casa de mis padres.



Después de ponerme un vestido largo de un color azul noche y con pequeños brillantes en la

zona del escote, mi madre me maquilla con un maquillaje sutil y unos potentes labios rojos.

—Estás preciosa —dice al terminar.

Y cuando mi padre me ve repite la misma afirmación.

Cuando bajamos del coche, mi padre me ofrece su brazo para que me agarre, cosa que agradezco pues no estoy muy acostumbrada a los tacones.

—Todo saldrá bien —susurra mi progenitor en mi oído, sin entender muy bien por qué.

Cuando entramos en el hotel, bajamos unas escaleras hasta llegar a una preciosa sala, decorada en tonos dorados, y con unas lámparas de araña en el techo que me hacen pensar en qué pasaría si se cayese una con toda la gente que hay aquí.

Debemos ser cerca de cincuenta personas, lo que para una cena de negocios está muy bien. Hace muchísimos años que no vengo a ninguna con mi padre, cuando era una niña solía traerme para presumir de hija, pero después de que escogiese la carrera de psicología en lugar de económicas para seguir con su legado, me distanció un poco del tema de la empresa.

Empieza a presentarme a varias personas, pero no soy capaz de retener el nombre de ninguno, todos alaban lo preciosa que soy o lo mucho que he crecido, mientras yo busco la manera de excusarme y poder alejarme un poco.

Voy al baño con ese objetivo y, cuando estoy lavándome las manos, escucho como tiran de una de las cadenas, lo que hace que inconscientemente mire hacia la puerta de dicho habitáculo a través del espejo, y me quedo en blanco en cuanto la veo salir.

—¿Cris? —pregunto a la vez que me giro hacia ella.

—Becka —dice sorprendida. Lleva un vestido verde esmeralda que le queda genial con su pelo rubio y el moreno de su piel.

—¿Qué haces tú aquí?

—Eh, yo...

—No puede ser verdad —digo, con los ojos llenos de lágrimas y corriendo hacia la puerta, tengo que irme de allí lo antes posible.

Busco con la mirada a mi padre, mientras intento limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Papá? —Apoyo mi mano en su hombro, él se gira y se queda tieso al verme, no debo tener muy buena cara.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Mamá tenía razón.

—Le dije que esta no era la manera.

—¿Cómo? ¿Sabíais que estaría aquí?

—Hija, solo queríamos...

Me voy antes de poder escuchar el final de su disculpa. ¿En serio creían que esta iba a ser la mejor manera para que descubriese toda esta mentira?



Ya no sé cuánto tiempo llevo encerrada aquí, ni cuántas veces ha sonado el timbre de mi puerta, solo hay una cosa que tengo clara, no pienso salir de esta cama nunca más. Quiero morirme, es que he sido tan sumamente estúpida. ¿Cómo pude creer que alguien tan maravilloso era real? ¿Que me quería de verdad? Solo era la siguiente pieza de su puzzle, la que sustituyese al viejo cuando este muriese. Una cartera llena de billetes, nada más.

Escucho golpes en la puerta de la entrada, quizá esté fundido el timbre de tanto que lo han usado estos días.

—Becka, ábreme, joder, o al menos coge el puto teléfono, necesito saber que estás bien.

Me levanto y voy hacia la puerta, solo para decirle a mi amiga que todo está bien.

—Estoy bien, díselo a mis padres. Se me pasará, lo sé.

—Déjame entrar.

—Amaia, por favor.

—Becka, recuerda que juntas en lo bueno y en lo malo. Déjame pasar o llamaré a los refuerzos, y sabes que Maca es capaz de mover tierra y aire por nosotras.

—Vale, te abro.



Amaia me lo ha dejado claro: o salgo de casa por las buenas o lo haré por las malas. Así que, me he tenido que duchar tras una semana en que todo el agua que recorría mi piel era la de mis lágrimas. Sé que no se merece que esté jodida por ella, pero joder, actuó tan bien, me engañó tanto, que ya no solo ha sido el dolor de descubrir el engaño, sino sentir el ridículo que llevo haciendo durante meses, creyéndome cada una de sus mentiras. ¿Una madre enferma? ¡Ja! Si tal, un marido enfermo, aunque seguramente hasta eso sea mentira. ¿Qué pasaría la noche que se quedó a dormir? ¿Un viaje de negocios? Es que como he sido tan sumamente estúpida.

—¡Eh, tú! —suelta mi amiga sacándome de mi ensoñación, pues se niega a salir de mi casa si no es conmigo al lado—. Deja de lamentarte. Te mintió, sí, como la vil rata que es, pero no es tu culpa, tú no hiciste nada malo. Recuerda que enamorarse es lo más bonito que le puede ocurrir a una persona, si después nos lastiman, habrá valido la pena.

—Pero, es que, joder, besaba tan bien. Me hacía sentir querida, deseada... y resulta que está casada con un viejo.

—Igual es que la tía es lesbiana y se casó con él solo por el dinero.

—Claro, y estaba conmigo por la misma razón...

—¿Ella sabía que tenías dinero desde el principio?

—Sabía en qué zona de la ciudad vivía, así que sí, y joder, ahora lo pienso y había tantísimas señales desde el principio que no quise ver... ¿Por qué viviendo las dos en la misma zona tuvimos que tener la primera cita tan lejos? ¿Por qué nuestros planes se basaban en estar en casa? ¿Por qué le molestaba que la mostrase? ¿Por qué en casi un año de relación no me presentó a ninguna amiga? Todo eran señales claras y yo no las quise ver.

—La tonta es ella, cariño, que se pierde a una de las mujeres más maravillosas que conozco.

—Te quiero.

—Venga, termina de arreglarte que nos vamos a ir a comer un helado a Puerta Real.



Justo cuando estamos listas y cojo el bolso para salir, suena el timbre. Me quedo paralizada porque me temo lo peor. Es Amaia la que coge el telefonillo y pregunta:

—¿Quién es?

—Soy Cris, ¿puedo hablar con Becka?

—Espera un momento.

Amaia me mira y hago un gesto afirmativo con la cabeza. La tirita es mejor sacarla de golpe de una vez y, con mi amiga aquí, siento la seguridad de que no volveré a caer en sus redes.

—Te abro.

Unos minutos después, Cris entra por la puerta y lo primero que hace es pedirme hablar a solas.

—No me voy a mover de aquí —sentencia mi amiga.

—No creo que te incumba lo que tenemos que hablar.

—Me incumbe mucho más de lo que crees, porque la chica a la que le has roto el corazón es mi amiga, y tienes suerte de que no te esté tirando ahora de esa melena rubia, porque es lo que más me gustaría hacer en este momento.

—Bueno, ¿podemos por lo menos ir al cuarto?

Miro a Amaia y, con solo una mirada, sé que ella no se va a mover de allí y a la mínima entrará en la habitación.



Entramos en el cuarto y me siento en la cama con los brazos y las piernas cruzadas, aunque lo haga de manera inconsciente, se nota que más a la defensiva no puedo estar. Ella cierra la puerta despacio, con esa delicadeza que la caracteriza.

—Te escucho, habla rápido, tengo planes.

—Becka, lo siento muchísimo. No pienses ni por un segundo que no te quiero, pero me casé con Braulio por necesidad hace unos años y, aunque me dio todo en cuanto a dinero, he sido muy infeliz, hasta que te conocí a ti. Tú me has dado un motivo para seguir creyendo en el amor.

—Pues tú me has dado cien motivos para dejar de creer en él.
—Rebeca, yo te quiero.
—¿A mí o a mi dinero?
—¿De verdad me estás preguntando eso?
—¿De verdad dudas que te lo pregunte? Estás con un hombre que podría ser tu padre solo por su dinero. Has fingido tan bien conmigo, que hasta me creí que eras lesbiana.
—Y lo soy.
—¿Y qué haces con un hombre?
—Ya te lo he dicho, lo hice por necesidad. Pero para que creas en mí, voy a confesarte algo más: no tengo veinticinco años como tú, tengo treinta y dos, pero cuando te conocí y me enamoré de ti, no me atreví a confesarte mi verdadera edad por miedo a perderte.
—¿Miedo a perderme? Toda nuestra relación se ha basado en mentiras, ni siquiera sé quién eres.
—Soy Cris. Tu Cris, la que te ama y a la que tú amas.
—No, yo me enamoré de una persona que no existe, y la verdad es que la Cris de verdad, me da asco.
—¿De verdad te doy asco? —dice acercándose a mí, como intentando seducirme. Yo la aparto y me levanto de la cama dispuesta a echarla.
—Sí, me das asco y no quiero volver a verte.
—Pero, Becka...
—Vete con tu cheque al portamor vencido.



—Se acabó el amor, ya no quiero volver a saber nada más de ninguna mujer.
—Mi amor, yo también dije eso en su momento y aquí me ves, enamorada hasta las trancas.
—Pero yo sé que nunca encontraré a nadie, el amor no es para mí.
—Pezu, eres de lo más valioso que tengo, y estoy segura que algún día una mujer también lo verá y luchará por hacerte cambiar de opinión y romper esa piedra que ahora rodea tu corazón.
—Te quiero, amiga.
—Y yo a ti también, y recuerda...
—Nunca te quedes con nadie que te quiera menos que yo.

PRÓXIMOS títulos



SOBRE LA AUTORA

Nacida en A Coruña en el año 1992, desde muy pequeña Rocío ya tenía claro que quería dedicarse a escribir y con tan solo siete años así se lo indicó a su familia.

Desde ese momento ha participado en varios concursos de relatos quedando finalista en muchos de ellos, que fueron los originarios de sus primeros libros publicados.

En 2017, por casualidades de la vida, descubrió la autopublicacion, comenzando este recorrido con un pequeño libro de prosa poética "El mundo tras tu sonrisa", a este le seguirían más, y en 2020 publicaría su primera novela "Alma de Cristal" seguida de "Voy a cuidarte", siendo así la primera bilogía romántica de la autora.

Ahora mismo está inmersa en un montón de proyectos y con ganas de tener tiempo para hacerlos realidad.